

FRANCISCO ZUERAS Y LA HISTORIOGRAFÍA DEL ARTE CORDOBÉS

JOSÉ M.^a PALENCIA CEREZO

Puede decirse que con Francisco Zueras Torrens se inicia una corriente dentro de la historiografía del arte cordobés del siglo XX que quedaría planteada en base al conocimiento de nuestros principales artistas con carácter y singularidad monográficas. Si de manera simbólica podríamos establecer el origen de la misma con su llegada a Córdoba en 1956, tendríamos sin embargo 1974 como año emblemático de su comienzo —como se verá más adelante—, por lo que podríamos significarla como fenómeno específico y prototípico del último cuarto de nuestro siglo.

En efecto, antes de la aparición de Zueras en Córdoba, nuestros mejores historiadores del arte se habían centrado casi con exclusividad en el estudio de los principales monumentos de la ciudad, continuando una corriente nacida en el pasado siglo con el Romanticismo que iba a tener su comienzo emblemático en 1884, año en que Rafael Romero Barros —con la ayuda de su hijo Rafael— comienza a trasladar al papel todos sus conocimientos sobre la historia monumental de Córdoba en ese proyecto frustrado que tituló *Córdoba monumental y artística*, recientemente recuperado en su parquedad para nuestros días por su importancia.

En gran medida fue Rafael Ramírez de Arellano el continuador de esta tendencia, debido a la redacción por encargo ministerial en 1904 del *Inventario-catálogo histórico artístico de Córdoba*, quedando completada más recientemente con la publicación en 1980 de la *Córdoba monumental, artística e histórica* de Miguel Ángel Orti Belmonte, cuyo título, no sin lógica y razón, parafrasea el de Romero Barros, que sin duda conoció de primera mano.

Al margen de aportaciones de menor calibre, —como por ejemplo las de Vicente Serrano Ovín— con ella puede decirse que queda cerrado el ciclo romántico del conocimiento histórico y específicamente arquitectónico sobre nuestra ciudad, ya que Enrique Romero de Torres, por sus muchas ocupaciones para con el Museo de Bellas Artes y por caerle en suerte la redacción de los Inventarios-catálogos de Jaén y Cádiz a principios de siglo, apenas tuvo tiempo para elaborar un significativo

conjunto de artículos —excelentes por otra parte— tanto en la vertiente de lo monumental, como en la del conocimiento de la vida y obra de algunos de los artistas cordobeses más importantes de anteriores siglos, al igual que ocurriera con hombres como José Valverde Madrid.

Sin embargo iba a ser a Francisco Zueras —desde su posición más de crítico que de historiador en el sentido tradicional de ambos términos— a quien cupiera el honor de inaugurar una nueva corriente historiográfica que iba a centrar su atención específica sobre la biografía de los artistas, procurando además en el mejor de los casos, realizar los catálogos generales de sus obras con intención más o menos definitiva, analizando estéticas, influencias, etc.

El primer intento de Zueras en esta línea —y también quizá el que pueda darle mayor gloria— estuvo centrado en la figura del artista más significativo de nuestro siglo, Julio Romero de Torres, a quien dedicó en 1974 el libro titulado *Julio Romero de Torres. Su vida y su obra* —que conocería reedición en 1980— y sobre el que volvería a insistir en los muchos conocimientos que sobre él poseía en 1987, mediante el libro *Julio Romero de Torres y su mundo*. Ello fue posible en gran medida gracias a su directa participación en varias de las exposiciones más importantes dedicadas al pintor en los últimos tiempos, como la celebrada en el Club Urbis de Madrid en 1972, la que se le dedicara en la Sala Municipal de Arte de Córdoba en 1974 y el homenaje tributado en 1980 con el patrocinio del Banco de Bilbao y la Excm. Diputación Provincial.

El segundo varía la luz en 1982 con el libro *Antonio del Castillo, un gran pintor del Barroco*, y el tercero un año más tarde con la obra *Bartolomé Bermejo, pintor nómada*.

101 Pero por si esta trilogía sobre tres de los artistas más importantes que Córdoba ha producido no bastase, habría que señalar también que Zueras parece haber dejado sentadas las bases para el conocimiento de otros artistas de importancia parecida si cabe. Tales los casos de Rafael Botí (1974), Adolfo Lozano Sidro (1985), Juan Polo (1985), Antonio Rodríguez Luna (1986), Pedro Bueno (1986), Aurelio Teno (1988) y un significativo largo etcétera que no es posible señalar por haber quedado sus biografías y comentarios plasmados en publicaciones de índole bastante menor que las de los citados.

102 No menos reseñables fueron también sus desvelos para los escultores Juan de Mesa, José Álvarez Cubero (1986) o Mateo Inurria (1985), aunque en este caso la importancia de su aportación fue menor ya que en gran medida las bases para sus respectivos conocimientos fueron asentadas con anterioridad, en el caso de Mesa por Hernández Díaz y otros, y en el de Inurria porque ya contaba con una monografía de “Bernardino de Pantorba” difícilmente superable, por lo que su labor fue más bien la del propagandista.

103 Sin embargo, todo ello le permitió poder dar a la imprenta en 1986 su trabajo *Figuras fundamentales del arte cordobés (Siglos XV al XX)* que, aunque con pretensión divulgativa, viene a marcar un hito en la moderna historiografía cordobesa, al menos por el hecho de haber apostillado sus tesis sobre quiénes fueron los verdaderamente fundamentales y por qué.

104 No cabría cerrar estas breves líneas sin realizar un emocionado recuerdo a su labor como pintor, ensayista y conferenciante, y sobre todo sin aludir a esa

fidelidad que siempre guardó para con sus vivencias personales y su patria chica, lo que quedaría igualmente reflejado en dos significativos trabajos de madurez *Goya en Andalucía*, editado en 1989 y *La gran aportación cultural del exilio español (1939)*, que vio la luz en 1990 y donde trazó las biografías de los principales españoles en la diáspora respecto al mundo del cine, la poesía, la narrativa, el ensayo, la pintura, la arquitectura, la música y el teatro. Todas las ramas de las humanidades en definitiva, como gran humanista que él mismo fue en vida, cuyos vastos conocimientos y singular aportación al mundo de la cultura cordobesa serán de difícil sustitución.